

Homunculus

LadyTurbalina



Image not found.

Capítulo 1

Cuando Fenriel desapareció, nos sentimos perdidos, y las preguntas que no habíamos formulado a lo largo de los años porque eran las que él había prohibido, volvieron con más fuerza que nunca.

Pero vayamos al principio de ese día, para poder ir al comienzo de mi historia.

La joven Rose cargaba con dos cubos de agua del pozo, y desde la ventana del piso superior yo la observaba caminar pesadamente.

—¡En vez de solo mirar, podrías bajar a ayudar! ¡Eres un holgazán, Inuart!

El que me gritó fue Arno, que alcanzó a la fatigada muchacha a mitad del camino y le quitó uno de los cubos de las manos para llevarlo él y así aligerar su carga. Rose le sonrió agradecida y le dijo algo que no alcancé a oír, entonces ambos rieron.

Cuando se les veía juntos, era imposible no fijarse en lo distintos que eran físicamente: la pelirroja joven era menuda, mientras que Arno era un muchacho alto, de cabellos y tez morena. Se llevaban muy bien, creo que todos pensábamos que se gustaban pero que los dos eran demasiado tímidos en ese sentido como para declarar sus sentimientos abiertamente.

Bajé al piso inferior no sin antes esconder bajo mi cama el libro que estaba leyendo, "Transmutaciones Alquímicas", que había cogido del estudio de Fenriel, nuestro maestro, sin su consentimiento.

Abajo en la cocina se preparaba lo que debería ser un delicioso estofado en los fogones. Empezaba a oler un poco a quemado.

Me encontré con un joven malhumorado de tez pálida y cabellos plateados: Kaleb.

—¡Traed un poco de agua o esto va a ser incomible!-gruñó.

Justo en ese momento entró Rose, con la frente empapada de sudor y los cabellos rojizos revueltos. Sin mediar palabra, fue directa con el cubo a verter un poco de agua dentro de la olla.

—¿Verdaderamente hacían falta dos cubos de agua? —Pregunté riendo.

Rose y Arno miraron algo molestos la cantidad de agua que les había sobrado en los cubos. Estaban fuera en el banco del porche cuando Kaleb

había gritado "¡se quema!" desde el interior de la casa, y habían reaccionado cogiendo toda el agua que habían podido ante lo que se pudieran encontrar.

—Así ya tenemos agua para la comida.—Declaró Arno no muy convencido mientras se secaba el sudor de la frente con la manga.

—Desde luego, va a hacer falta para poder tragarse eso...— Añadió Rose asomándose a la olla, y arrugó la naricilla al oler el contenido.— ¿Y tú, Inuart? ¿Qué hacías arriba?

—Nada.— Mentí.— Vosotros ya estabais fuera y podíais ir al pozo con mayor rapidez, ¿qué querías que hiciera? ¿Tirarme por la ventana?

Todos menos la joven reímos, que resopló dirigiéndonos a cada uno una mirada grave, luego sonrió con nosotros.

Cada uno se puso manos a la obra para preparar la mesa, pues eran cerca de las dos, y Fenriel siempre llegaba a esa hora y le gustaba ponerse a comer justo cuando volvía de un viaje.

Terminamos pronto de disponerlo todo sobre la mesa: platos listos para ser servidos, vasos llenos de agua y cubiertos. El tic, tac del reloj llamó mi atención, como si quisiera avisarme de que alguien no estaba siendo puntual.

—Son las dos y un minuto.

Los cuatro dirigimos la mirada hacia la puerta, extrañados. Para una persona cualquiera ese minuto era insignificante, pero para nosotros que vivíamos bajo el orden estricto de Fenriel era sorprendente que este se hubiera retrasado. Nunca lo hacía.

Me levanté nervioso y salí de la casa. Miré a lo lejos, a derecha y a izquierda en su busca. Nada, allí no había nadie a la vista. Resignado, volví a la mesa y me senté con los demás.

La gruesa puerta de la entrada se abrió de golpe acompañada de un gran estruendo, haciendo que diéramos un salto en nuestros asientos.

Entró en escena un hombre que si bien no era viejo, empezaba a lucir las primeras arrugas y canas que delataban su edad. Caminó distraídamente mientras se sacudía la túnica granate sin dirigirnos una mirada siquiera.

—¡Fenriel!—exclamó Rose como si eso fuera un saludo.— ¿Cuándo has...?

—Justo ahora.— la interrumpió dejándose caer en el banco de madera

junto a mí, para ocupar su puesto.

—Pero si acabo de mirar fuera y no est...

—Magia.— me interrumpió también a mí riendo, e hizo un gesto a Kaleb con la mano, que empezó a servir el estofado.

Sí, Fenriel era mago, o eso era lo que nos había contado. Yo sospechaba que también era alquimista, pero ese era un tema que estaba vetado, pues cada vez que le preguntábamos al respecto se molestaba y no hablaba de ello. Por lo poco que yo había podido deducir por los libros sobre alquimia que cogía de su estudio a escondidas, cualquier procedimiento alquímico requería diversos materiales y algunos de ellos eran raros y procedían de criaturas peligrosas como grifos, dragones y ninfas; el constante afán de los alquimistas por conseguir estos ingredientes para sus fórmulas había llevado a muchas especies al borde de la extinción. Ésa podía ser la razón por la cual se mostraba tan en contra de la materia.

Me moví ansioso en mi sitio, y probé la primera cucharada, para ser sinceros no sabía muy bien. Jugueteeé un poco con un mechón de mi melena azabache, pues era una fea costumbre que tenía cuando estaba inquieto. Intercambié una mirada con Arno e intuí que él estaba igual que yo: deseando tener noticias del desconocido mundo exterior.

—Y bien...— se aventuró Arno.— ¿Cómo ha ido? ¿Dónde has estado?

—Fui al sur a por hierbas medicinales. — El anciano señaló una bolsita que tenía atada al cinturón indicando dónde las tenía.— Pasé por varias aldeas prácticamente devastadas, la guerra se ha llevado a muchos pobres inocentes de este mundo.

La guerra llevaba azotando el país más de veinte años, nos había relatado Fenriel. Él había visto los horrores que habían tenido lugar en ella, pues muchos magos habían utilizado magia prohibida para invocar monstruos que secuestraban a los niños de sus casas, traían enfermedades fatales a las ciudades, y esclavizaban a los jóvenes de los lugares por los que pasaban.

Por ello, él nos había confinado en aquel valle escondido entre montañas, donde nos había salvado de las tragedias que acontecían allá afuera. El primero en vivir allí fue Kaleb, luego Fenriel me trajo a mí, y más tarde llegaron juntos Rose y Arno.

Los cuatro estuvimos muy confusos en un primer momento, sin recordar quiénes éramos. Fenriel nos dio un nombre a cada uno, y nos explicó la situación: habíamos sido víctimas de la guerra y una enfermedad mágica llamada colapso onírico, que hace progresivamente los sueños más

vívidos, hasta que el enfermo no sabe distinguir cuál es la realidad haciéndole perder la razón. Fenriel nos había curado a excepción por unas secuelas irreversibles: la pérdida de memoria.

—Por los dioses, Kaleb. —Protestó Fenriel tragando.— Esta vez te has superado con el estofado, nunca lo habías chamuscado tanto.

El muchacho se sonrojó ante el comentario y la risa contenida del resto de comensales. No era difícil saber que el que había cocinado eso era Kaleb, pues era un cocinero que quemaba la comida con demasiada frecuencia.

—¡Ya no vuelvo a cocinar, siempre os quejáis!

—Mejor.— Puntualizó Rose, y todos asentimos.—No sé ni cómo te seguimos encargando la comida.

Empezaron una divertida discusión entre los dos, que sirvió de entretenimiento para el resto que hacíamos comentarios aquí y allá. La mayoría para fastidiar un poco más a Kaleb.

En unos minutos estábamos saciados y recogiendo la mesa, mientras el anciano mago reposaba pensativo en su asiento. Había algo inusual en él, estaba demasiado callado.

Me acerqué a él con cierta preocupación y le pregunté directamente.

—¿Ocurre algo, maestro? — Le dije poniendo la mano sobre su hombro.

Ese gesto lo sacó de su ensimismamiento, y me miró algo sorprendido.

—Preocupaciones de un hombre que se hace mayor.— Contestó cambiando el semblante de intranquilo a afable.— Voy a mi estudio, no me molestéis. Hay algo que quiero comprobar.

Sin dar ninguna explicación más, subió escaleras arriba y desapareció. Fenriel era capaz de encerrarse en el estudio durante casi un día sin que nos diera una razón en concreto.

—Apuesto a que está creando un hechizo nuevo.— Aventuré a los demás.

Como no sabíamos cuál era el propósito de tan largos aislamientos en el estudio, inventábamos historias rocambolescas y las compartíamos entre nosotros. Se había convertido en un juego divertido, y quién sabía, igual alguno acertaba.

—¿Un hechizo nuevo para qué?— Preguntó muy serio Kaleb, aún malhumorado por la mala acogida de su comida.— Yo creo que habla a

través del espejo que tiene frente al escritorio con otros magos.

—No lo oímos nunca de hablar.— Dijo Rose, descartando esa teoría.— Así que me quedo con la historia del hechizo nuevo, es más, creo que es para volverse más joven.

El corpulento Arno negó con la cabeza mientras colocaba los platos que acababa de fregar en un estante.

—No creo que a nuestro maestro le preocupe mucho su aspecto físico.— Rió para sí.— Lee y punto, no hay más que pensar.

Dirigí mi mirada a las escaleras, preguntándome en serio qué era lo que le preocupaba tanto y el por qué de tanto secretismo. Lo que fuera que estaba haciendo aquel día en el estudio, fue un factor determinante en el giro que dieron nuestras vidas ese día.

Capítulo 2

Varias horas después, Fenriel continuaba aislado en su estudio. Yo, por mi parte, leía "Transmutaciones Alquímicas" a escondidas en la soledad de mi habitación.

No era la primera vez que robaba ese libro, pues era denso de leer y para hacerlo apropiadamente se necesitaba tiempo. Me fascinaba y me aterraba lo que en él se describía a partes iguales, pues muchos pasajes hablaban de cómo convertir el plomo en oro, suposiciones sobre dónde se podía encontrar una sustancia conocida como piedra filosofal y extrañas fórmulas para conseguir la inmortalidad; esas partes eran las fascinantes. Las que me aterraban eran las que hablaban de los homúnculos.

Me recosté más cómodamente sobre mi cama, pues llevaba tanto tiempo leyendo medio sentado que se me estaban durmiendo los brazos por la postura que tenía para sostener el grueso volumen. Paseé distraídamente las puntas de mis dedos sobre la palabra "homúnculo", como si de esa manera pudiera adentrarme más en el enigma.

Me recordaba demasiado a las historias sobre monstruos invocados para aterrorizar aldeas que nos había narrado Fenriel, y además, no había coexistencia cuando lo referían. En unas páginas hablaban de él como un ser deforme que necesitaba alimentarse de sangre para sobrevivir, más adelante en cambio afirmaban que tenían apariencia de niños y que estos no eran capaces de amar, y luego encontrabas una ilustración de un homúnculo que era representado como un hombre mitad reptil.

— ¿Qué estás leyendo, Inuart?

Alcé la vista y encontré a Kaleb, que curioso giraba la cabeza para intentar leer el título del libro, ¿cuándo había entrado?

—Un recetario de cocina, quizás te vendría bien. -Bromeé, y aunque intentó disimular, también a él le hizo gracia.— Es un libro que me dejó el maestro.

No era del todo extraña mi afirmación, pues Fenriel nos daba acceso a unos libros determinados de su biblioteca personal para que nos instruyéramos, incluso nos obligaba a leer alguno que otro.

Por la cara que puso, adiviné que no se había tragado mi mentira, así que siguió preguntando.

— ¿Te lo ha recomendado él? —Ante mi delatador silencio, no se pudo

contener.— ¡Lo sabía, se lo has cogido sin su consentimiento!

— ¡Shhhh! ¿Quieres que se enteren todos?

Sintiéndome levemente culpable, le mostré el libro. Kaleb me miró como si fuéramos cómplices de un terrible secreto, y sonriente lo tomó entre sus manos para observarlo. Sus labios se movieron al leer el título, y luego frunció el ceño con desconcierto.

— ¿Transmutaciones Alquímicas?—Su expresión pasó de la curiosidad a la repulsión. — ¡Por los dioses, esto son artes oscuras!—Verlo alterado como a un pastor ante la llegada de los lobos me resultó gracioso, Kaleb era muy exagerado. — Quiero decir... Si Fenriel siempre nos ha advertido sobre los riesgos de la alquimia, ¿qué hace con este libro? ¿No pensarás...?

Dejó la frase inconclusa, porque si lo decía quizás se volviera realidad. Yo le quité importancia con un encogimiento de hombros.

—Un poco de conocimiento no hace daño a nadie. — Le quité el tomo de las manos y pasé sus páginas distraídamente— Fenriel es un hombre culto y tiene toda clase de libros en su estudio.

Me miró entrecerrando sus ojos azules y señaló el libro con las manos, acusador.

—Vamos, que no es el primer libro que coges sin permiso, ¿me equivoco?

Un fuerte ruido procedente del otro lado de la casa nos interrumpió, justo a tiempo para detener el interrogatorio que iba a iniciar mi compañero. Mentiría si dijera que sonó como una explosión, porque sería exagerado. Se escuchó el rugir de unas llamas, como cuando un fuego se aviva con demasiada rapidez y fuerza, mezclado con el eco de varias voces entremezcladas. Luego, nada, el silencio.

Me puse en pie inmediatamente, dejando caer el libro sobre la cama. Tras eso, eché a correr hacia el origen del sonido.

— ¡Ha sido en el estudio! -Exclamé sobresaltado, apremiando a Kaleb que me seguía. — ¡Fenriel!

Al llegar ante la puerta, nos quedamos clavados en el sitio sin atrevernos a abrirla pues la visión que nos encontramos era desalentadora: El contorno de la puerta y el pomo estaban cubiertos por un polvo amarillento que estaba extrañamente adherido, como si hubiera salido disparado desde el interior de la habitación por las únicas rendijas que

había encontrado; además, un olor nauseabundo provenía de la estancia.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo dejándome helado.

— ¿Está bien, maestro?—Le llamó tremendamente preocupado Kaleb sin obtener respuesta, y justo cuando iba a coger el pomo de la puerta para abrirlo le detuve sujetando su brazo firmemente. — ¿Qué haces?
¡Tenemos que comprobar lo que ha sucedido!

Su rostro reflejaba verdadera angustia, y se mordía el labio de manera compulsiva. Yo, por mi parte, intentaba aparentar calma.

—Créeme, no creo que sea seguro entrar ahí ahora mismo. Fenriel no ha contestado a tu llamada y eso puede significar muchas cosas. —
Dubitativo, Kaleb retrocedió unos pasos y yo con él. — Espera aquí, voy a avisar a Rose y a Arno; Si no han llegado ya, deben estar fuera y no son conscientes de lo que ha sucedido.

El joven cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro, inquieto, ante la difícil petición de quedarse sin hacer nada de momento.

—De acuerdo...—Sentenció al final. — Te espero aquí, Inuart. No tardes.

Salí de la casa lo más deprisa que pude, por fortuna no tardé mucho en localizar a la pareja. Rose estaba sentada junto al cobertizo, en cuclillas, haciendo de los pliegues de su falda una nube azulada que se extendía en torno a ella, Arno estaba en pie a su lado y le hablaba mientras señalaba algo que estaban mirando en el suelo.

— ¡Chicos, venid! ¡Algo extraño ha ocurrido en el estudio del maestro y puede que necesite ayuda!

Hasta ese momento no se habían percatado de mi presencia. Arno cerró los labios en una fina línea y me fulminó con la mirada, parecía que acababa de interrumpir un momento íntimo para él. Rose, por su parte, se levantó sobresaltada.

— ¿Qué ha pasado? —Me preguntó viniendo hacia mí, y entonces me di cuenta de que tenía entre las manos una flor silvestre que acababa de recoger del suelo.— ¡No me asustes así, Inuart!

—No sabemos qué es lo que ha pasado, ese es el problema. Es... -Intenté elegir mis palabras con cuidado mientras Arno me observaba hosco, pues mi explicación le estaría resultando extraña e imprecisa, nada justificable como para interrumpirle.- Creemos que ha sido algo mágico, no puedo aclarar nada más concreto hasta que entremos en el estudio, por eso he

venido a avisaros. No sabemos qué puede haber en el interior.

Los tres volvimos a la casa, Arno en cabeza, donde encontramos a Kaleb clavando la mirada en la entrada del estudio. Parecía que vigilara que nada o nadie saliera de allí o entrara. A menos que fuera Fenriel sano y salvo, por supuesto.

—Voy a examinarlo, haceos a un lado. — Anunció Arno. Era el que visiblemente mantenía la cabeza fría. Todos obedecimos y nos apartamos mientras él se aproximaba para observar.— Es azufre...

Lo dijo para sí pero todos pudimos oírlo. Rose ahogó un grito con las manos y yo sentí cómo mi pulso se aceleraba ante lo que podía simbolizar aquello.

— ¡Demonios, esto sólo puede ser obra de seres malignos! — Lamentó casi gritando Kaleb.

—Intenta mantener la calma, por favor. -Le pedí aunque dudaba que me hiciera caso. —Espera, Arno, no abras aún la puerta.

Fui a la cocina y me hice con cuatro trapos que encontré a mano, y regresé con los mismos.

—Cubriós con esto la boca para respirar ahí dentro, y si vais a tocar algo no lo hagáis con las manos desnudas.

Kaleb extendió el brazo para coger uno, pero recapacitó y no lo hizo.

—Creo que yo no voy a entrar.

Le iba a preguntar sus motivos, ya que yo estaba muerto de preocupación y creía que cualquiera de nosotros cuatro estaría deseando entrar para ver qué había ocurrido. Entonces me percaté de que sus manos temblaban frenéticamente.

—Me quedo contigo, no te preocupes. —Le dijo Rose acariciando su hombro cariñosamente.

Le di dos paños a Arno, que no hizo ninguna pregunta y resuelto sostuvo uno sobre su boca y con el otro abrió la puerta para evitar el contacto con el azufre. Entró sin mediar palabra y yo lo seguí con el mío también sobre la boca y otro en la mano.

El estudio estaba revuelto, como si una jauría de animales hubiera entrado y desbocada hubiera arrollado lo que había encontrado a su paso. Aquí y allá había manchas amarillentas y trozos esparcidos del oloroso mineral. Avanzamos entre los muebles, y como Arno se dedicó a

inspeccionar la zona del estudio, yo avancé hasta el fondo, donde estaba la cama de Fenriel.

Allí no había nadie. Por un lado era un alivio, pues temía encontrar a nuestro maestro herido o peor aún, muerto. Por otro lado, era desalentador; que no estuviera allí planteaba miles de incógnitas sobre su estado y paradero.

Algo se movió en el suelo frente a la cama de Fenriel y captó mi atención. Allí, una sustancia gelatinosa se extendía en forma circular sobre el suelo. Palpitaba, y temblaba levemente, extendiéndose y contrayéndose arrítmicamente. Todos considerarían lo que hice a continuación como una temeridad, y no los culpo, a día de hoy yo también lo considero una tremenda estupidez.

Lentamente extendí mi mano para tocar aquella cosa, y de manera imprevista, su forma cambió. Se formaron unos fuertes colmillos justo en la zona donde yo estaba entrando en contacto, y se cerraron como feroces mandíbulas atrapando mi mano. Grité, y aquella cosa también gritó con una voz chillona y estridente, entre humana y animal.

Desesperadamente tiré hacia atrás ocasionándome profundos cortes en la mano al liberarla, los colmillos desaparecieron entonces y se volvieron a fundir en la forma que había encontrado inicialmente, tragándose el paño que yo portaba.

— ¡Por los Dioses! ¿Qué ha sido eso?— Arno había acudido de inmediato ante los gritos y palideció al ver mi mano sangrando. El círculo de sustancia sin identificar frente a mí en esos momentos no tenía importancia. — ¡Vamos, hay que curarte eso cuanto antes! ¡Rose, prepara aguja e hilo de seda!

Soltó los trapos que usaba para las manos y la boca y me ayudó a incorporarme para salir de la habitación mientras mi mano dejaba un camino de gotas de sangre.

A continuación, me llevó a mi dormitorio, y me recostó en la cama para aguardar a Rose. Kaleb nos había acompañado pero sólo se movía de un lado para otro de la habitación sin saber qué hacer, en momentos como esos me desquiciaba.

— ¿Quieres estarte quieto?—Le espeté, alterado.

Se detuvo en seco y me miró perplejo, dudó un poco y respondió con voz quebradiza.

— ¿Y qué quieres que haga si no?

— ¡Algo! — Le grité. — ¡Fenriel puede estar muerto y estás ahí, esperando a no sé el qué! ¿A que los demás solucionemos las cosas? ¡Yo y Arno hemos entrado a comprobar el estudio y Rose no lo ha hecho para no dejarte solo! ¿Podrías intentar hacer algo aparte de observar?

—Pero... Seguro que estará bien, ¿vedad? Quiero decir, no puede haberle pasado nada malo... — Las palabras sonaban tan frágiles saliendo de su boca que no inspiraban seguridad alguna.

—¿Que estará bien? —Estallé de nuevo.— ¡Claro, tú no has visto el estropicio que hay ahí dentro! ¡Por favor, si tú mismo lo has dicho: el azufre sólo puede ser señal de la visita de un demonio! ¡Sí, a Fenriel no le ha pasado nada bueno!

El joven se mordió los labios y miró al suelo, eso aplacó levemente mi ira. Quizás él no tuviera la culpa de nada, quizás no hubiera hecho nada malo, quizás yo era culpable de mi propia ira y lo utilizaba para dirigirla contra algo.

— ¡Basta de peleas! —Gruñó Rose cuando llegó, con el hilo de seda ya enervado en la aguja. Se sentó en la cama junto a mí y cogió mi mano algo más bruscamente de lo que debería. Observó atentamente la herida y comenzó a coser haciendo que apretara los dientes. — No eres el más indicado para hablar, Inuart. Si eres imprudente, tú tampoco ayudas.

Me miró a los ojos enarcando una ceja. Su expresión decía "no he visto lo que te ha pasado ahí dentro, pero sé que ha sido porque no has pensado antes de actuar".

—Yo...—No supe qué decir. — Lo siento, Kaleb, he sido un idiota.

El joven alzó de nuevo la mirada e intentó sonreír. La sonrisa duró apenas el aleteo de una mariposa.

— ¿Qué te ha hecho eso?— Preguntó el robusto Arno asomándose por encima del hombro de Rose para ver las heridas. — Dentro no había nadie.

—Ha sido esa cosa, ese charco gelatinoso que estaba en el suelo. —Se mostraron incrédulos, y no los juzgo, todo era muy extraño. — Fui a tocarlo, y entonces su forma cambió: unos colmillos aparecieron y atraparon mi mano.

La pelirroja terminó con su trabajo e inspeccionó meticulosamente las heridas impresas en mi mano, como comprobando si lo que contaba podía

ser cierto.

Un poderoso silencio se apoderó de los cuatro. No saber qué hacer es peor que no poder hacer nada, y ese era nuestro caso. Teníamos la certeza de que debíamos hacer algo para dar con el paradero de Fenriel para al menos ayudarle si estaba en un apuro, el problema es que no teníamos ni por dónde empezar.

—Opino que lo más sensato es esperar un poco, pensar en algo, lo que sea. Quizás Fenriel vuelve más tarde y nos sorprende a todos. —Propuso Rose sin mucho entusiasmo.

Desde ese momento no nos separamos, y permanecimos todos juntos en mi dormitorio.

Yo acostado bajo mandato inquebrantable de la muchacha, que nerviosa insistía en comprobar mis heridas varias veces por si empeoraban. Era evidente que no ya que ella misma la había examinado minuciosamente en busca de cualquier foco de infección, pero aquellos habían sido unos cortes limpios como hechos por la hoja de un cuchillo recién afilado. Sólo necesitaban sutura.

En el otro extremo de la habitación Kaleb y Arno conversaban. Hacían suposiciones sobre las causas que podían haber originado aquel incidente, y ya no eran divertidas ideas como cuando ese mismo día habíamos bromeado sobre los largos periodos que pasaba Fenriel en el estudio.

Azufre, demonios, accidente, magia negra, secuestro. Eran las palabras que más se repetían en la conversación que mantenían intentando descubrir lo que verdaderamente había ocurrido.

Si intentas hacer un rompecabezas a ciegas, probablemente te será difícil dar con las partes que lo componen en medio de la oscuridad, y aunque lo hagas no puedes estar seguro de encajarlas en el sitio que les corresponde. Así era como nos sentíamos.

—Tengo un mal presentimiento sobre todo lo ocurrido.

—Yo también, Fenriel no va a regresar. — Anunció rendido Kaleb.

—Me temo que no,—Le di la razón ¿Para qué mentir?— Por eso, lo importante ahora es estar unidos y decidir qué vamos a hacer a partir de ahora.

Sumidos en nuestros pensamientos, ninguno de nosotros nos percatamos de la araña que estaba en el hombro de Rose y que, como si ya no tuviera nada más que hacer allí, bajó por su espalda para descender por los pliegues de su vestido hasta el suelo. Caminó lentamente por el pasillo

hasta llegar a su objetivo: el estudio de nuestro maestro. Una vez allí, fue hasta el círculo cristalino que me había atacado y desapareció sumergiéndose en él.

Capítulo 3

Toda la semana fue inquieta. Como ya temíamos, nuestro maestro no volvió.

La casa quedó descuidada pues ocupábamos gran parte de nuestro tiempo investigando entre los libros de su estudio, más concretamente en todos aquellos que no se nos había permitido leer. Ahí podía estar la clave.

La sustancia sin identificar en el suelo del cuarto siguió siendo todo un misterio, y por miedo a tener más incidentes con ella no nos acercábamos más de un metro. En una ocasión Rose probó a arrojarle una piedra para comprobar si reaccionaba y ésta fue engullida al instante por la boca de afilados colmillos. Entonces decidimos no acercarnos más de dos metros.

Salí al gallinero justo cuando acababa de amanecer. Recogía los huevos de las gallinas de forma metódica y sin prestar mucha atención. Las gallinas no toleraban demasiado mi presencia y por ello corrían de un lado para otro y cacareaban, aunque eso no me distraía de mis pensamientos.

¿Qué había sido de Fenriel? ¿Qué iba a ser de nosotros a partir de ahora? Habíamos dependido casi totalmente de él durante los últimos años.

—Estás muy madrugador. —Escuché la voz femenina de Rose a mis espaldas — Deja que te ayude, no puedo quedarme quieta. Si me quedo parada no paro de pensar y eso no me gusta. Por cierto, ¿qué tal sigue tu mano?

—Bien, se cura rápido. Eres una enfermera excelente.

Se puso a mi lado y empezó a echar en la cesta otros tantos huevos. El viento hacía ondear sus cabellos rizados y me quedé mirándola durante unos segundos, pues el movimiento de su cabellera parecía hechizarme. Ella se percató de ello y me miró con gesto extrañado.

—No es nada, perdona...—Me ruboricé.

La joven fue a decir algo y abrió la boca, pero negó con la cabeza como si se lo hubiera pensado mejor y la volvió a cerrar. Rió y me dio una palmada en el hombro, luego se sacudió las manos y sentenció:

— ¡Ya hemos terminado! Voy dentro, trae eso pronto y preparemos un buen desayuno antes de que Kaleb se levante de la cama y decida prepararlo él.

Se alejó andando alegremente y entonces vi algo adherido a la falda de su vestido, algo pequeño y negro. Con cada paso se mecía de un lado a otro y no pude distinguir muy bien qué era.

— ¡Espera un momento, Rose! Tienes algo enganchado en la falda.

—Confusa se volteó y perdí de vista lo que era. Me acerqué y miré donde hacía unos segundos estaba y no había nada. — Juraría que había algo.

— ¿También tenía algo en la cara cuando antes te has quedado embobado, Inuart?—Se burló.

Sentí el calor en las mejillas. Puesto que Rose no esperaba respuesta, se fue a la casa. La seguí hasta la cocina, allí encontramos a Arno que leía con atención un grueso volumen sentado a la mesa. Levantó la mirada al escucharnos pasar, aún estaba algo somnoliento.

—Buenos días, chicos.

Le respondimos con un "buenos días" al unísono aunque no nos prestó mucho más interés y volvió a la lectura, yo carraspeé para llamar su atención y alzó la vista hacia mí, inquisitivo.

— ¿Algo destacable?—Le pregunté mientras ponía una cacerola con agua al fuego para cocer unos huevos.

—Nada. —Dijo conciso y dejó escapar un largo suspiro de abatimiento. — ¿Creéis en serio que leernos toda la biblioteca del maestro va a servir de algo?—La palabra "toda" fue pronunciada con gran énfasis.

—Yo creo que sí, pero tenemos que seleccionar. La clave debe estar precisamente en aquellos a los que no hemos tenido acceso hasta ahora.

Empecé a cortar el pan mientras Rose cortaba trozos de queso. Arno miró mi mano herida y sin mediar palabra dejó el libro a un lado y me quitó el cuchillo y el pan para hacerlo él; Le sonreí agradecido. Justo cuando iba por la tercera rebanada un grito procedente del piso de arriba le sobresaltó tanto que casi se corta.

Escuchamos los pasos acelerados de Kaleb y en unos instantes apareció bajando las escaleras corriendo aparatosamente.

— ¡Por los Dioses, Kaleb! ¡Nos vas a matar de un susto! —Protesté mirando al muchacho y luego a las escaleras. No parecía que fuera a aparecer una bestia siguiéndole.

— ¡Había una araña enorme en mi habitación! Cuando desperté la tenía justo en la almohada frene a mi cara. —Puso cara de asco y miró arriba, a

las escaleras. Sí, esperaba que la temida bestia lo siguiera.

—Si no es como tu mano, no es enorme. No sería para tanto escándalo.

—Rió Arno.

—Era como mi mano.

Ante tal declaración Rose se puso rígida y nos miró fijamente uno a uno. El mensaje era claro: alguien iba a subir a encargarse del temible insecto y no iba a ser ella.

—Ya voy yo. — El moreno se levantó del asiento irguiéndose con orgullo.

Al tiempo que él iba arriba a dar caza a su víctima, nosotros seguimos con los preparativos. Cuando bajó, los huevos cocidos ya estaban en un plato dispuestos al lado del pan y el queso.

— ¿A que era grande? —preguntó Kaleb esperando aprobación.

—No la he encontrado, ¿seguro que no lo has soñado?

—Claro que no... Últimamente he visto muchas arañas, aunque esta es la más grande hasta ahora. Debe de haber un nido cerca.

La pelirroja abrió mucho los ojos e inquieta observó la estancia, como buscando alguna araña dispuesta a atacar en cualquier comento.

—Tranquila, —intenté calmarla — Ya nos encargamos de los arácnidos después de desayunar, no creo que sea tan exagerado como dice Kaleb. Yo no he visto ninguna araña.

Y en efecto, nadie más las había visto. La exploración que realizamos más tarde fue totalmente infructuosa a pesar de que revisamos cada rincón de la casa en busca del nido. Ni rastro de nido o arañas. Después de comer volvimos a buscar, y dado que volvimos a obtener los mismos resultados, decidimos que era una pérdida de tiempo seguir con ello.

Al anochecer, me recliné en mi cuarto. Estaba un poco harto de todo, Kaleb y Arno no paraban de discutir debido a los nervios, y Rose había intentado mediar en más de una ocasión terminando enfadada ella también; eran como dos niños pequeños. Yo me encontraba con tal apatía hacia cualquier cosa que sucediera que me sorprendía a mí mismo. La tensión y la incertidumbre era lo que nos estaba haciendo mella.

Así que me relajaba de la manera que mejor se me daba: dibujando. En el escritorio alumbrado por la llama de la lámpara de aceite, con un carboncillo, plasmaba en el papel los primeros trazos de lo que sería un

rostro. El proceso fue largo pues me tomaba mi tiempo. Poco a poco, unos ojos alegres aparecieron, seguidos de una nariz puntiaguda y unos labios finos y sonrientes, y como toque final una melena ondulada algo rebelde que enmarcaba el rostro. Era una mujer preciosa.

Enorgullecido de mi obra, me quedé mirándola con detenimiento. Llevaba cuatro años dibujando a la misma mujer y no me cansaba de ello, solo que cuando contemplaba el retrato acabado un deje de nostalgia se asentaba en mi interior. ¿La conocía? Era una posibilidad, quizás mi subconsciente albergara retazos de mi vida anterior a la llegada al valle. Era extraño pensar que antes de estar allí podía haber tenido una vida muy diferente.

Kaleb entró de golpe y se dejó caer sobre mi cama.

—Vengo un rato a estar contigo, Arno está insoportable. —Kaleb entró de golpe y se dejó caer sobre mi cama. Él y el moreno compartían dormitorio, así que como llevaban todo el día discutiendo era normal que ahora compartir estancia fuera insufrible. — Intento leer y no se calla, me hace bromas «¡Cuidado, Kaleb! ¡Una araña!» Pues a mí no me hace gracia.

Me dio risa su manera de imitar a Arno, poniendo voz grave y gesticulando exageradamente. Él me devolvió la sonrisa antes de continuar con la lectura del libro que traía entre manos, un tomo pequeño.

—Hoy he visto varias columnas de humo desde mi ventana. — Empezó a relatar, yo ahora movía el carboncillo creando un sombreado al rostro del papel mientras él seguía relatando. — Estaba a lo lejos, pero es la primera vez que lo veo. Puede que la guerra se acerque también a estas tierras...

Alcé la mirada para contemplar el horizonte al anochecer a través de mi ventana. Me costó distinguirlas, pero Kaleb estaba en lo cierto, pues a lo lejos se distinguían cuatro columnas de humo.

—No sé a qué se deberá, pero llevas razón; están bastante lejos.
—Medité unos instantes y puntualicé — Pero creo que si el fuego fuera causado por la guerra habría más columnas, y más gruesas.

—Puede ser, pero no he visto a nadie cerca nunca, ¿será un campamento?

—Es lo más probable.

Al cabo de un rato, viendo que yo seguía en el escritorio añadiendo unos

últimos detalles a mi trabajo, se levantó y se asomó a ver mi dibujo.

—Otra vez la misma mujer, ¿tu amor platónico? Con la de veces que la has dibujado, deberías ponerle un nombre.

Asentí distraído y entonces alcancé a leer el título del libro que había dejado en mi escritorio, "Portales".

— ¿De la biblioteca privada de Fenriel?

—Sí, pero no contiene nada destacable. Me pregunto por qué Fenriel tendría tantos libros de este tipo. — Le miré interrogante y él aclaró. — Sobre portales.

Todo empezó a cobrar sentido, las ideas encajaron una con otra en mi cabeza y me eché a reír. Tener algo evidente tan cerca y no darse cuenta.

—Amigo mío, has resuelto el misterio. — Hice una pequeña pausa, cargando de suspense los segundos que me demoré en aclararlo. — ¿Cómo Fenriel viajaba a las ciudades y volvía en apenas unos días y nosotros no hemos visto atisbo de civilización por los alrededores? ¿Cómo apareció el otro día de repente sin esperarlo? ¿Está todo el tiempo en el estudio cuando desaparece por horas? No, lo que hay allí es un portal. Fenriel los ha estado utilizando para ir de un sitio a otro.

— ¿Cómo? ¿Estás seguro, Inuart?

Loco de euforia, cogí a Kaleb de una mano, tomé el libro con la otra, y lo conduje casi corriendo al estudio. Él estaba perplejo, pero no cuestionaba mi deducción.

Una vez allí me senté en el suelo delante del círculo gelatinoso, que ahora estaba seguro de que era un portal para viajar a otros lugares. Abrí el libro sobre mis rodillas y empecé a pasar las páginas rápidamente, tenían los bordes amarillentos desvelando un reiterado uso, y además numerosas anotaciones en los márgenes. Ese era el libro que buscábamos.

—Ahora que lo dices...— Kaleb miró unos segundos al techo, como si acabara de recordar algo. — Hay una ilustración en el libro que se parece bastante a esto. — Señaló el portal del suelo, y me quitó el libro para buscarla.

Hojeaba rápidamente los pasajes, buscando con la mirada la ilustración que me mencionaba. Enseguida, se paró en unas páginas y me las mostró.

—Déjame ver...

—Es algo distinto a este, tiene partes sobresalientes.

En efecto, en la ilustración el portal tenía unas desigualdades que sobresalían, mirándolo de cerca las reconocí al instante: los colmillos que habían apesado mi mano. Kaleb no había podido relacionarlo antes.

—Son los colmillos que le salen cuando acercas algo, como cuando atrapó mi mano, ¿Recuerdas lo que sucedió cuando Rose arrojó la piedra? Aparecieron.

Para demostrar mi teoría, cogí un tintero vacío del escritorio de Fenriel y lo arrojé directo al portal. Al momento fue engullido por los colmillos.

Esa noche compartimos nuestro hallazgo con el resto. Avanzar por fin nos dio nuevas energías, y antes incluso de acostarnos hicimos un buen repaso entre las estanterías del maestro para localizar cualquier texto referente al tema. Nos los repartimos, y quedamos en que íbamos a hacer una lectura exhaustiva a partir de ese día para ponernos en acción lo antes posible.

Al día siguiente cada uno ocupaba un lugar en el estudio de Fenriel, eso sí, lejos del portal ya que lo considerábamos peligroso aún. Rose estaba sentada frente al gran escritorio de madera y Arno la acompañaba en una silla de cara a ella. Kaleb y yo estábamos tirados en el suelo con varios libros alrededor.

—Anoche dormisteis bien, ¿eh? Os digo a vosotros dos. —Me froté los ojos que me picaban levemente por la falta de sueño. Kaleb y Arno se mostraron confusos.

—No sé de lo que me hablas... —Miró interrogante a la muchacha, para ver si ella podía aclarar el asunto.

—Roncabais los dos como mulos. —Rió ella, y yo y Kaleb estallamos en carcajadas.

Kaleb parecía tener bastante asumido que sus ronquidos eran sonoros y se repetían todas las noches sin excepción, sin embargo Arno se mostró ligeramente avergonzado.

— ¡Qué exagerados!— Exclamó Kaleb a mi lado, entre risitas. — Sois unos delicados y cualquier ruidito os despierta.

— ¿De verdad hemos roncado tanto?— El corpulento Arno contempló exasperado cómo Rose asentía no dejando lugar a dudas. — Lo siento, no

sabía que roncaba tanto...

A Rose se le iluminó la mirada llena de afecto y con naturalidad le dio un beso en la mejilla. Automáticamente Arno sonrió como un bobo.

—Tranquilo, me gustas igual.

El moreno no podía ocultar su rubor. Pocas personas imaginarían a un hombre tan tosco en apariencia protagonizando una escena así de tierna.

—Creo que tengo algo que nos puede ser de utilidad. — Comunicó Arno intentando serenarse, y dejó su lectura sobre la mesa para que nos aproximáramos a echar un vistazo. — De momento es un cúmulo de mucha información, pero a grandes rasgos aquí se explican los materiales necesarios para crear un portal, una serie de productos alquímicos. Eso nos da igual puesto que ya lo tenemos. —Puntualizó. — Ahora viene lo interesante: explica detalladamente el proceso del viaje. Es más enrevesado de lo que imaginaba.

Alcancé a leer unas cuantas palabras del párrafo que nos indicaba: espíritu, pacto, ritual. Nada alentador.

— ¿Podrías hacernos un breve resumen?—Pregunté.

—Sí, pero solo si prometéis leerlo vosotros también más tarde, ya que puede que a mí se me escape alguna cosa. —Interpretó nuestro silencio como conformidad y prosiguió. — Una vez que está formado el portal, solo lo puede utilizar una persona, ésa es precisamente quien lo creó. Tienen un mecanismo de defensa... por decirlo de alguna manera.

—Ya lo he comprobado por las malas. — Suspiré mirando mi mano herida.
— Continúa, por favor.

—La razón por la cual sólo lo puede utilizar el creador del portal es que se hacen mediante un pacto con un espíritu. —Se interrumpió unos segundos, seguramente para dejarnos tiempo a preguntar, pero al no obtener ninguna pregunta prosiguió. — El espíritu tiene el poder de abrir una puerta entre dos lugares, a través de su morada, y para que éste te conceda tal favor hay que hacerle una promesa.

— ¿Y si no la cumples?— Aventuró Kaleb, que ya se negaba a hacer cualquier tipo de pacto con un espíritu.

—El libro no indica nada al respecto, pero creo que hagas lo que hagas, terminas cumpliendo tu palabra. Es un contrato.

—No sé si estoy dispuesta a arriesgarme...

La duda vencía la decisión que hace unos momentos nos embargaba. Era cuanto menos arriesgado. Pero yo tenía claro una cosa: no podía dejar a Fenriel a su suerte.

—El maestro nos salvó a todos de la guerra, ¿verdad? Se lo debemos.

—Declaré firmemente. — El pacto con un espíritu es un mínimo precio a pagar teniendo en cuenta que si no fuera por él posiblemente estaríamos hoy muertos.

—Por el colapso onírico...—Musitó para sí Kaleb.

—Exacto. Por esto, yo por lo menos estoy dispuesto a continuar. Arno, si me dices cómo tengo que ponerme en contacto con ese espíritu, —Señalé el portal con el índice. — me gustaría hacer mi pacto y seguir adelante, el tiempo es oro.

Arno quedó perplejo ante mi decidida actitud, tras eso sus labios dibujaron una sonrisa. Él también lo tenía claro, y con determinación pasó varias páginas y me acercó el libro.

—Ahí viene indicado. — Empecé a leer, sin embargo él explicaba al mismo tiempo con voz resuelta para dar a conocer el procedimiento también a Rose y a Kaleb. — Debes invocar al espíritu ofreciéndole una pequeña porción de tu sangre, con unas gotas es más que suficiente.

— ¿Por qué os empeñáis en llamarlo espíritu?—Vociferó Kaleb de repente, rompiendo su apariencia apacible y sorprendiendo a los presentes. — Acordaos del azufre, dicen que los demonios huelen a ese mineral. Y además ahora resulta que hay que ofrecerle nuestra sangre... ¡Lo que está ahí escondido es un demonio!

Miró de soslayo el portal, como temiendo ser escuchado por el ser que habitaba en él.

—Yo estoy dispuesta a intentarlo, si no me gusta lo que proponga el demonio o lo que se suponga que sea, simplemente me negaré. —Aportó Rose.

Ya estaba decidido, y como corderos descarriados, nos dirigíamos directos a las fauces del lobo.

Frente al portal, estábamos preparados los cuatro cada uno empuñando un cuchillo para efectuar el ritual. No sabíamos exactamente cómo empezar, pero yo tomé la iniciativa. Di unos pasos al frente y me hice un

corte superficial sobre la mano que ya tenía herida.

—Necesito tu ayuda. —Comencé a recitar derramando unas gotas sangrientas sobre el portal. —Permíteme cruzar la puerta para llegar hasta Fenriel. Propón un trato, y yo prometo cumplirlo.

Unos segundos, y nada. Escuché un suspiro de alivio a mi espalda, era Kaleb. Pero duró poco, pues un intenso olor a azufre inundó la sala y la superficie del portal empezó a burbujear y se alzó ante mí tomando la forma de una silueta.

— ¡Por los dioses!—Exclamó Arno.

La silueta se fue definiendo entre más borbotones que desprendían un humo nauseabundo. Ante nosotros, apareció una hermosa mujer desnuda. Sus ojos salvajes me miraron como la fiera que contempla a su presa antes de atacar y se apartó grácilmente un mechón de la larga cabellera azabache del rostro. Me dio la impresión de que cada mirada, cada movimiento e incluso cada respiración, estaban calculados.

—Ya he probado tu sangre, Inuart. — Rió mostrando una afiladísima hilera de dientes. Que conociera mi nombre me pilló por sorpresa — Pero ahora me la ofreces tú mismo por razones muy distintas, ¿Quieres pasar, dices? ¿Queréis pasar?

—Así es. — Contesté intentando no mostrar temor. — ¿Fenriel cruzó?

—Ha cruzado varias veces, pero si lo que quieres es que te conteste por qué no está aquí... Lo siento, no puedo decir los motivos. —Su voz sonó cargada de malicia. Entendí perfectamente qué era lo que quería decir: sabía los motivos por los que no había regresado, pero no estaba dispuesta a compartirlo con nosotros. — En cambio, sí puedo proponerte algo y así te dejaré pasar, ¿te hago mi propuesta?

Asentí, ya no había vuelta atrás.

Con gesto teatral se acercó a mi oído y susurró sus palabras. Fueron pronunciadas lentamente, como una tormenta que se aproxima antes de descargar toda su furia.

—¿Prometes confesarle a Minerva quién eres?